

El oído confinado: manifestaciones sensibles y efectos aurales de la pandemia¹

Ana Lidia M. Domínguez Ruiz

El orden cotidiano

La vida cotidiana, esa que se repite día a día y en la que “todo lo que nos rodea nos es inmediatamente accesible, comprensible y familiar en virtud de su presencia regular” (Bégout, 2005: 38), se organiza a partir de una serie de tránsitos entre el adentro y el afuera. Idealmente, estos escenarios se corresponden con las nociones de “lo público” y “lo privado”, esas dos grandes dimensiones que escinden al mundo social entre las cosas reservadas para uno mismo o unos cuantos, y las que están destinadas a compartirse con los demás.

Lo privado hace referencia tanto a un espacio comprendido entre ciertos límites, como a una forma de habitar dicho espacio cuyo principal atributo es el resguardo. Lo público, por su parte, es una noción estrechamente ligada a las nociones de ciudadanía y civilidad, definida por Nora Rabotnikof (1993) como aquello que es de interés o utilidad común, que es visible, manifiesto y ostensible para todos, y que es accesible y está a disposición de los demás. Lo público y lo privado solo existen en relación con su contrario y a partir de la necesidad de separar dos espacios regidos por órdenes distintos, pero con límites difusos y en constante tensión.

La casa es el espacio privado por antonomasia. Georges-Hubert Radkowski (2002) se refiere a ella como “el lugar de presencia”, es decir, donde un sujeto se encuentra y donde se lo puede localizar. Para Gaston Bachelard (2002) se trata de un símbolo depositario de los valores de la intimidad: el sueño del refugio, la seguridad del caparazón y la comodidad de un espacio hecho a la medida. La casa, sin embargo, no cancela del todo su contacto con el exterior; lo mantiene al margen en la medida de lo posible y lo deseable, y se relaciona con él de diversas maneras. Entendida como interfaz, la casa funge hacia el interior como continente y protección, mientras que hacia afuera une y comunica. La casa es el lugar donde la vida comienza y termina diariamente. Se trata de una base estratégica para hacer una pausa y desentendernos de las exigencias de la vida pública; al mismo tiempo, es el lugar donde inicia toda actividad.

¹ Una versión preliminar se presentó en el conversatorio “Manifestaciones acústicas y efectos aurales de la pandemia”, con la participación de Guely Morató (organizadora) y del Proyecto Border, en el marco del festival de artes sonoras Auditum 2020.

Estos ires y venires que constituyen la esencia de lo cotidiano son comparados por Radkowski con el ritmo respiratorio, siendo la inhalación, el momento de recogimiento y la exhalación el de la dispersión de las energías en el mundo exterior. La idea de la vida cotidiana como estructura rítmica es el eje del ritmoanálisis de Henri Lefebvre (1992), método cuyo objetivo es descubrir cómo se manifiestan y organizan los ritmos cotidianos a partir de un esquema espacio-temporal de ausencias y presencias. Esta disposición está contenida en la rutina, itinerario más o menos regular a través del cual se distribuyen una serie de prácticas habituales en determinados espacios. Maie Gérardot la define como “una ecuación espacio-temporal personal, un ritmo individual” (2007: s/p) que, sin embargo, está sincronizada con diversos ritmos sociales. La rutina, como sea que cada persona o colectividad la haya dispuesto, sostiene ese equilibrio vital que conocemos como “normalidad”, es decir, un mundo conocido que se construye a fuerza de reiteración.

La nueva normalidad

La COVID-19 es una enfermedad de transmisión por contacto a través de las partículas respiratorias; por esta razón, el distanciamiento físico se adoptó como medida preventiva para impedir la propagación del virus, ya fuera guardando la distancia de seguridad o a través del confinamiento. Abruptamente, la población mundial se vio obligada a reconfigurar sus límites etiológicos de seguridad, en función de la evitación de la proximidad corporal, de la idea del espacio público como lugar de riesgo y de la casa como salvaguarda. El confinamiento, al cancelar el contacto directo con el exterior, provocó la desestructuración rítmica de la vida cotidiana en todas sus escalas. La pandemia vino a desdibujar nuestro mundo conocido y nos obligó a construir una “nueva normalidad” desde el encierro.

En este escenario emergieron nuevas reglas de tacto social que se tradujeron, por un lado, en la implementación de un conjunto de prácticas asépticas, así como en la adopción de reglas de etiqueta sanitaria para saludar, reír, toser y estornudar. Por otro lado, aparecieron nuevas formas de socialización cuyo imperativo fue estar con los demás a pesar de la distancia. De esta manera, se impuso en la vida cotidiana la dimensión *tele* (“desde lejos”, en griego antiguo) de las interacciones sociales, constituyéndose en el sello generacional de la actual pandemia. El teletrabajo, la teleducación, las telecompras y los telerrituales, entre otras formas de comunicación remota, muchas de las cuales ya se venían utilizando aunque de manera menos difundida, se convirtieron, súbita y prácticamente, en la única manera de articular las diversas dimensiones del mundo social desde el espacio doméstico –por lo menos en la generalidad, pues no en todos los contextos se tuvieron las condiciones para sostener este modelo–.

En pocos meses, la pandemia comenzó a causar estragos a causa del desempleo, la desaceleración económica, la acentuación de las desigualdades sociales, el aumento de violencia doméstica, y por supuesto, la pérdida masiva de vidas. El virus también convulsionó la vida afectiva, esa dimensión del mundo humano que da cuenta de la manera en que los sucesos “nos afectan” emocional y sensiblemente, y dejó su impronta en el cuerpo físico, que es también un cuerpo social. La simple idea de una amenaza que se cierne sobre el mundo entero bastó para sembrar la sensación de compartir el destino de una humanidad sufriende en distintas escalas, en duelo constante, con miedo al contagio y estrés por aislamiento. Esta lóbrega sensación –la de la pandemia– nos devolvió, por unos instantes, la conciencia de ser parte de una comunidad global vinculada a través de la experiencia de la enfermedad.

El mundo exterior en suspenso

Una de las manifestaciones a gran escala del confinamiento fue la reducción de la movilidad en las urbes. La cesación de actividades no esenciales, la reducción de trámites y servicios, y el cierre de escuelas y centros de trabajo obligaron a la población a replegarse y dosificar sus salidas. Los desplazamientos a pie, el uso del transporte público y privado, así como el tráfico aéreo, también menguaron. Estas ausencias fueron recogidas en *Cities of Silence: Extraordinary Views of a Shutdown World* (2020), libro que presenta una selección de imágenes, tan abrumadoras como fascinantes, de más de sesenta metrópolis del mundo vacías; escenas insólitas de lugares, otrora colmados de gente, que de improviso se volvieron pueblos fantasma. Resulta interesante que el título de este libro aluda al silencio, pues es precisamente la sensación que suscitan estas imágenes del mundo en suspenso.

Los efectos positivos de la disminución de la actividad antropogénica no se hicieron esperar: mejoró la calidad del aire, se redujo la emisión de gases de efecto invernadero y el cincuenta por ciento del ruido sísmico en el mundo (Lecocq, 2020). La contaminación acústica en las ciudades también decreció considerablemente. Es bien sabido que la principal fuente de ruido urbano es la movilidad. Al reducirse esta, el silencio –entendido aquí como la atenuación del fondo sonoro– se instaló en el espacio público y la gente descubrió el ruido por ausencia. Gracias al proceso de habituación, el ruido solía ser una presencia que dábamos por hecho en nuestra vida diaria y con la cual, para bien y para mal, habíamos aprendido a vivir. La abrupta transformación del paisaje hizo que aquello que era imperceptible a causa de su recurrencia, se hiciera audible por efecto del extrañamiento.

La disminución del ruido ambiental dejó al descubierto sonidos que antes formaban parte de una masa confusa o estaban enmascarados por otros más potentes. Resulta sintomático el hecho de que, durante la pandemia, se registrara

un aumento en la incidencia de acúfenos y el agravamiento de sus síntomas entre la población mundial (Soloman, 2020). La ausencia de ruido y el aislamiento, dos de los factores que permiten advertir la presencia de ese zumbido pertinaz, hicieron que el *tinnitus* se percibiera con mayor intensidad. Este fenómeno también está detrás del *boom* de paisajistas sonoros en el mundo, que registran con asombro el sonido de pájaros, el movimiento de las hojas de los árboles y otros sonidos de la naturaleza; así como del gran número de convocatorias lanzadas por plataformas de escucha y archivos sonoros, para documentar la dramática transformación del paisaje y recoger evidencias audibles de la pandemia.

El fenómeno de las ciudades vacías activó la escucha y trajo consigo el despertar de una conciencia sobre la importancia del entorno sonoro. El remanso de silencio que nos brindó brevemente el confinamiento se presentó como una oportunidad para reflexionar acerca de la voracidad humana y la necesidad de pensar otras formas de habitar mucho más respetuosas de las relaciones interespecies.

La casa como universo socioacústico

Al habitar un espacio también lo sonorizamos. Todas nuestras interacciones, desplazamientos, uso de enseres e instalaciones poseen un referente sonoro que hace de la casa un espacio audiofónico donde resuena la vida cotidiana. Estos sonidos también están organizados en rutinas, cuya constitución obedece al ritmo de vida de los habitantes de cada espacio. Durante el confinamiento, la casa se convirtió en nuestra escala del mundo y devino un espacio multifuncional destinado a ser, al mismo tiempo, dormitorio, patio de juegos, oficina, salón de clases, gimnasio y un largo etcétera. En el plano audible, la atomización de actividades reconfiguró socioacústicamente la geografía del espacio doméstico, lo que obligó a tejer nuevas reglas de sonorización y usos del silencio para poder sincronizar las rutinas de sus habitantes. Huelga decir que, en muchos casos, las condiciones contextuales, particularmente las que tienen que ver con densidad demográfica y hacinamiento, no permitieron realizar estos ajustes y el confinamiento detonó o intensificó diversos conflictos de convivencia intrafamiliar.

Las relaciones de vecindad también se modificaron, tejiendo nuevas socialidades desde lo sonoro. La permanencia en el espacio doméstico sensibilizó la escucha no solo frente a los sonidos de la ciudad, sino que nos devolvió la conciencia de los próximos. Los vecinos, también enclaustrados y haciendo sus propios esfuerzos por domesticar su cotidianidad, se hicieron audibles –para muchos por primera vez– y adquirieron nuevas formas de presencia en nuestras vidas. Una socialidad intramuros, tejida por mediación del sonido y la escucha, se instauró en la vida en condominio. Poco a poco comenzamos a recoger rastros sonoros de la vida de los otros, aprendimos a reconocerlos por sus sonidos y a memorizar sus rutinas, a interpretar el mapa de otra geografía doméstica, a

crear historias siguiendo el consejo de la imaginación sonora, y a participar involuntariamente de riñas familiares y escenas de intimidad. Estas dinámicas ya ocurrían en la antigua normalidad, solo que el encierro exacerbó su presencia y nos hizo conscientes de ello.

Acerca de las relaciones de vecindad, dice Georg Simmel que “el carácter sensible de la proximidad local se manifiesta en el hecho de que, con vecinos muy próximos, ha de haber relación ya amistosa, ya hostil” (1977: 674). La pandemia fue ocasión para el surgimiento de diversas expresiones de solidaridad vecinal pero también disparó numerosos conflictos. Durante los primeros meses de encierro, las quejas por ruido se incrementaron considerablemente en muchas ciudades del mundo. Entre marzo y abril de 2020, la Procuraduría Social de la Ciudad de México recibió poco más diez mil denuncias por fiestas, actividades nocturnas y disputas domésticas (El Sol de México, 2021). De acuerdo con el cuerpo de Carabineros de Santiago de Chile, los reclamos por ruidos molestos en la región metropolitana se triplicaron durante la primera mitad del 2020 (Cerdeña, 2020). En Barcelona, las quejas por gritos, ladridos y volúmenes elevados se multiplicaron 68 por ciento en los primeros tres meses, en relación con la media del 2019 (EFE/Alba Gil, 2020). De acuerdo con el diario argentino Infobae (Chávez, 2020), el ruido de los niños durante el confinamiento se convirtió en la principal causa de denuncias en Buenos Aires. La Federación de asociaciones de locatarios de la región metropolitana de Toronto también reportó un registro inusitado de quejas por gritos y juegos infantiles (Brulotte, 2020).

Detrás de estos conflictos encontramos la dificultad de conciliar los usos del tiempo y el espacio entre personas forzadas a cohabitar las 24 horas del día, a lo largo de varios meses. A fuerza de escucha, las prácticas habituales de los otros se convirtieron en ruido en el momento en que se volvieron un obstáculo para realizar las actividades propias. Detrás de estos conflictos no hay personalidades en disputa, sino sensibilidades encontradas: la divergencia de rutinas entre quienes comienzan su jornada muy temprano y quienes la terminan muy tarde y desean descansar un poco más; gente con ocupaciones que precisan del silencio para trabajar, o bien cuyo trabajo implica “hacer ruido”; jóvenes con necesidad de sociabilizar, adultos mayores acostumbrados a pasar las mañanas en solitario, niños que deben desfogar su energía en un único espacio y padres que deben lidiar lo mismo con ese ímpetu que con la furia de sus vecinos.

La vida en el umbral

La ventana es la metáfora de sociabilidad pandémica. A diferencia de las puertas, hechas para entrar y salir, por las ventanas uno se asoma, es decir, se muestra parcialmente a través de una oquedad. Asomarse es acceder a otro espacio pero sin estar del todo en él, aparecer apenas con una parte del cuerpo —la cabeza, un oído o una mirada—. Desde una perspectiva sociológica, la ventana es

un elemento vinculante que pone en contacto el adentro y el afuera, y el acto de asomarse es una *técnica corporal* (Mauss, 1936) regida por diversos códigos sociales: abrirla es una invitación y cerrarla es poner una frontera; podemos mostrarnos plenamente o mirar a hurtadillas; asomarse *desde dentro* es una manera de salir y hacerlo *desde fuera* es una manera de entrar; entrar y salir por la ventana son formas de escabullirse.

La ventana es una poderosa figura simbólica cuya esencia se encuentra en diversos artefactos que sirven para asomarse, sin ser forzosamente fenestración, es decir, un hueco. El balcón es un mirador suspendido en las alturas; la terraza, dice Le Corbusier, es “la gran ventana”, no encuadra el paisaje pero sí orienta la mirada; el agujero y la mirilla son aberturas sin cristal que sirven para ver de reojo, y los lentes sirven para enmarcar la mirada. Durante el gran confinamiento, numerosas interacciones estuvieron mediadas por “ventanas”. Este fue el papel de los cubrebocas, caretas, burbujas y casetas de seguridad, diseñados para relacionarse a través de un filtro de protección. La vida *online* transformó las pantallas en ventanas digitales, a través de las cuales dimos parcialmente acceso a los otros a nuestro espacio, a la vez que pudimos asomarnos a la vida de los demás.

Durante el confinamiento, las ventanas reafirmaron su vocación vital de proveer de luz y de aire a la casa, y se convirtieron además en una de las maneras más seguras de mantener el contacto con el mundo inmediato exterior. Para muchos, las ventanas fueron el lugar desde el cual era posible acceder a una única porción de cielo y construir la convivialidad, un lugar lo suficientemente lejos para mantenerse seguros, pero lo suficientemente cerca como para escuchar y ser escuchados. Frente a la dificultad o prohibición de libre tránsito, la gente comienza a alzar la voz para alcanzar a los próximos en la distancia y hacer vida común desde el encierro. Abrir las ventanas durante la pandemia representó una apertura a la convivencia y la disposición de acoger a los otros con la escucha.

Son innumerables las imágenes de sociabilidad de ventana que circulan tanto en redes como en la vida real: gente que sostiene nutridas conversaciones de un edificio a otro; músicos que dan conciertos gratuitos y ensambles improvisados de vecinos que corean himnos y canciones para pasar los días aciagos. Escenas semejantes ocurren en casi todo el mundo. Diariamente se ovaciona con aplausos y gritos de júbilo al personal médico que permanece en pie de lucha; las imágenes panorámicas de ciudades avivadas por un potente unísono son impresionantes. La gente se da cita en los balcones para hacer multitudinarias fiestas los fines de semana. En México, los sonideros montan su arsenal de luces y bocinas en las azoteas, y desde ahí animan a larga distancia bailes populares que toman por pista techos y patios.

La ventana desde la cual se proyecta una voz se convierte en estrado y facilita diversas formas de empoderamiento. En el hastío, la gente tiene tiempo de sobra

para acechar a los vecinos y juzgarlos desde su edículo, una ventana-templete que realza la importancia de los que están dentro. Son muchos los testimonios de transeúntes agredidos a gritos por vecinos que, desde sus casas, les reprochan su desobediencia y los instan a entrar. Gritar por la ventana, además de un desahogo, representa la voluntad de hacerse escuchar. En Río de Janeiro, el grito de “¡Asesino!” cundió por las calles del barrio Laranjeiras el día que Bolsonaro anunció la destitución de su ministro de salud por defender la cuarentena. El cacerolazo masivo hecho por los españoles para manifestar su hartazgo por los escándalos de la monarquía fue realizado mientras el rey Felipe VI de España hacía el anuncio televisado de la extensión del confinamiento.

De afuera hacia adentro, el pregón renueva su eficacia para difundir mensajes “a quien corresponda”, como en la época en que la acción de publicar era una práctica eminentemente vocal: en las calles aumenta la presencia de músicos y vendedores ambulantes; modernos juglares como Percibald, un cuentacuentos que diariamente se aposta en la plaza de Tlatelolco de la Ciudad de México para contar historias a los niños. Durante el toque de queda en Sri Lanka, la policía llevó música en vivo a los barrios para alentar a la población confinada. En Guatemala, la Policía Nacional Civil predica el evangelio a través de un sistema móvil de megafonía para subir el ánimo de la gente. En Chad, donde el acceso a la telefonía y a los medios de comunicación digital es deficiente, la Organización Internacional para la Migración reclutó y capacitó a ochenta pregoneros comunitarios para informar de viva voz a la población sobre las vías de transmisión y las medidas de prevención de la COVID-19 (International Organization for Migration, 2020).

Durante el encierro vemos emerger una intensa socialidad *in absentia*, y ahí donde no deambulan los cuerpos es la voz la que hace comunidad. Resulta interesante observar cómo, en una época de hiperconexión, la calle recobra su función de ser el espacio de resonancia de la voz colectiva. El encierro nos hace cobrar conciencia de la dimensión sonora del espacio público y de la dimensión política del espacio sonoro.

Una revolución sensorial en ciernes

Pocas veces una generación tiene la oportunidad de experimentar una revolución sensorial, es decir, la reconfiguración histórica de las sensibilidades colectivas. Este fenómeno ha sido frecuentemente analizado a la luz de las nuevas tecnologías y de la historia de las guerras, catástrofes y enfermedades humanas, sucesos convulsivos que tienen la capacidad de alterar los procesos perceptuales, modificar los umbrales de la experiencia humana, producir nuevas formas de socialidad y maneras de gestionar los afectos, y determinar la transición de un régimen sensorial dominante a otro en ciernes.

La actual pandemia es una inmejorable oportunidad para observar la manera en que opera este proceso y la complejidad sociocultural implicada en la transformación de las estructuras sensibles a gran escala. Como toda revolución, se requiere de tiempo para cimentar un legado. Aún es pronto para saber cuántas y cuáles de estas maneras de hacer, sentir, pensar y gestionar las relaciones durante la pandemia trascenderán y se convertirán en prácticas sociales culturalmente instituidas al modo de *habitus*, es decir, incorporadas; sin embargo, la COVID-19 ya ha comenzado a trazar su impronta en diversos ámbitos del mundo humanamente construido y sensiblemente habitado.

Referencias bibliográficas

- BACHELARD, Gaston (2002). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BÉGOUT, Bruce (2005). *La découvert du quotidien*. París: Allia.
- BRULOTTE, Katherin (23 de mayo de 2020). "Quand les bruits d'enfants suscitent de plaintes de nuisance sonore". *Radio-Canada*. <https://ici.radio-canada.ca/nouvelle/1705347/plaintes-bruit-enfants-locataires-confinement> (consultado el 11/04/2021).
- CERDA, Claudio (21 diciembre de 2020). "Persiste alto registro de denuncias por ruidos molestos en pandemia". *Litoral Press*. https://www.litoralpress.cl/sitio/Prensa_Texto?LPKey=j.Fg40fdj4u.E.J.V.Rv.Orw.Xht.Lrh.Mz.Dz.E.S.Y.Uh1.F/2u30.Dkw.%C3%96 (consultado 8/02/2021).
- CHÁVEZ, Valeria (12 de abril de 2020). "Vecinos intolerantes con niños en cuarentena". *Infobae*. <https://www.infobae.com/tendencias/2020/04/12/vecinos-intolerantes-con-ninos-en-cuarentena-una-situacion-como-la-actual-permite-ver-lo-mejor-y-lo-peor-de-la-condicion-humana/> (consultado el 17/12/2020).
- DE CERTEAU, Michel (1979). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- EFE/ALBA GIL (26 de abril de 2020). "Aumento de conflictos entre vecinos durante el aislamiento". *El periódico*. <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20200426/aumento-conflictos-vecinos-confinamiento-coronavirus-7941015> (consultado el 21/07/2020).
- El sol de México* (19 de abril de 2021). "Se acumulan más de 12 mil quejas por vecinos ruidosos y fiestas". <https://www.elsoldemexico.com.mx/metropoli/cdmx/se-acumulan-mas-de-12-mil-quejas-por-vecinos-ruidosos-y-fiestas-denuncias-pandemia-semaforo-6614549.html> (consultado el 2/05/2021).
- INTERNATIONAL ORGANIZATION FOR MIGRATION (4 de abril de 2020). "Town Criers, Troubadors Raise COVID-19 Awareness in Rural Chad". <https://www.iom.int/news/town-criers-troubadors-raise-covid-19-awareness-rural-chad> (consultado el 23/08/2020).
- LECOCQ, Thomas y otros. 11 de septiembre de 2020. "Global quieting of high-frequency seismic noise due to COVID-19 pandemic lockdown measures". *Science*, vol. 369, pp. 1338-1343. <https://science.sciencemag.org/content/369/6509/1338> (consultado el 9/11/2020).

- LEFEBVRE, Henri (1992). *Éléments de rythmanalyse. Introduction à la connaissance des rythmes*. París: Syllepse.
- MAUSS, Marcel (1934). "Le techniques du corps". *Journal de psychologie*, XXXII, 3-4.
- RABOTNIKOF, Nora (1993). "Lo público y sus problemas: notas para una reconsideración". *Revista internacional de filosofía política* (2), pp. 76-98.
- SOLOMAN, Meg (29 de septiembre de 2020). "Complains of ringing ears increase during COVID-19". *The Health Nexus*. <https://thehealthnexus.org/complaints-of-ringing-ears-increase-during-covid-19/> (consultado el 8/03/2021).